

# EUROPA TIENE MIEDO

**E**UROPA acaba de medir ciertas consecuencias de su pertenencia a un mundo político y militar dirigido por los Estados Unidos. Las ha sufrido y se ha asustado. El miedo no es una sensación nueva para los europeos. Pero sus empresarios, sus «managers», sus gobernantes, lo han vendido bien. El salario del miedo fue en otros tiempos el Plan Marshall. Hoy no se vende: no tiene mercado. La alianza atlántica se aceptó y se fomentó bajo los auspicios de una defensa, de una protección. Ahora resulta una amenaza. Un par de semanas de batallas en el Oriente árabe han traído esta nueva sensación y han producido una crisis en las relaciones entre Europa y los Estados Unidos. Y una urgencia, un «acicate», en la idea de la construcción de la Europa política y militar que pueda suponer una acción unida. Ahora, el centro de decisiones está fuera de Europa. Esta circunstancia que se quería olvidar, disimular, disfrazar, se ha hecho demasiado ostensible como para seguir ignorándola.

La reducción en las importaciones de petróleo árabe y la elevación de precios, muy importante, han causado un impacto grave en la economía europea. Se va a ir haciendo más y más visible a medida que los precios nuevos y la escasez que comienza repercutan en el alza del coste de la vida: atañen directamente a las industrias y a los transportes, que es tanto como decir a la generalidad de la vida en la sociedad de consumo. Y el golpe no ha hecho más que comenzar; la guerra no está sofocada —ni la batalla actual ni el saldo político de la situación—; los árabes tienen todos los motivos para estar satisfechos del efecto causado por sus restricciones en el petróleo, y no tienen ninguna razón para detener su acción: pueden seguir adelante, aumentar más los precios, seleccionar más sus envíos. Los Estados Unidos, garantes de

la alianza atlántica, no tienen ningún poder en sus manos para evitarlo. Es muy posible que las compañías refineras o directamente importadoras de petróleo árabe no sientan directamente en sus carnes económicas el problema; su operación sobre los precios fijados por los árabes debe ser remunerativa, como puede serlo la revisión de precios de las industrias que necesitan de esta energía para su producción. Pero, en cambio, tienen todo que temer de una radicalización de las protestas en los países europeos, bien bajo el aspecto de unas bruscas oscilaciones electorales, bien desde el de la inquietud social: en una Europa donde el equilibrio de precios y salarios va rompiéndose ya en contra de estos últimos pueden aparecer huelgas muy importantes. Habrá que esperarlas hacia las Navidades y primeros de año, temporada tradicional de alza de precios, que en ésta pueden dispararse; pasada la tregua de las fiestas —lo que en el calendario político francés se llama «trêve des confis-seurs»—, los movimientos de protesta pueden revestir mucha gravedad para los gobiernos y para las industrias.

Sobre todo cuando las poblaciones europeas acaban de experimentar la sacudida del otro miedo, del miedo nuclear, por la desatentada decisión de Nixon de movilizar sus bases en todo el mundo. Era preciso recordar a Europa que si se produce un enfrentamiento entre los Estados Unidos y la URSS, el campo de batalla es éste, nuestro continente. ¿Lo habían olvidado? Parece increíble, pero sí, lo habían olvidado. Los años de coexistencia y entendimiento habían hecho pensar que la red de bases nucleares de los Estados Unidos eran solamente decorativas y remunerativas. No; son un hecho real; las bombas son de verdad. La crisis ha sido nerviosa, fugaz y desconcertante, pero ha existido, y se ha dejado sentir la realidad

de la posición de dependencia europea de una guerra que no ha de ser la suya, a lo que viene a mezclarse la sensación ya antigua de que si hubiese una guerra realmente suya, los Estados Unidos quizá no arriesgasen una guerra nuclear. Los acontecimientos de Hungría y Checoslovaquia, por ejemplo, no fueron seguidos por una medida de movilización nuclear de los Estados Unidos, a pesar de que los gobiernos conservadores de Europa insistieron en las dos ocasiones de que se estaba modificando el equilibrio de fuerzas convencionales.

No es posible obviar tampoco en esta ocasión la importancia de la crisis de autoridad en los Estados Unidos. Nixon es el comandante supremo de las fuerzas militares de los Estados Unidos, y estas fuerzas tienen la hegemonía en la alianza atlántica. Nixon ha perdido toda autoridad, toda credibilidad. En los gobiernos, en las poblaciones europeas, se tiene la

dental, por lo tanto, comenzó a servir de plataforma o de etapa para el paso de las armas de Estados Unidos hacia Israel, pero tan pronto como comenzó a hacerse visible la amenaza del petróleo y ciertas protestas, esbozó una protesta indicando que su respuesta no debía haberse tomado en sentido afirmativo y pidiendo que se paralizase el envío de armas desde su territorio. La cuestión no tuvo gran importancia material, porque la ONU había decretado el alto el fuego y el viaje de Kissinger a Moscú había determinado el cese en el envío mutuo de material bélico. Gran Bretaña se negó en virtud de que desde hace años mantiene un embargo de armas para los dos combatientes, y la utilización de su territorio como base de ayuda a Israel podía significar una ruptura de la neutralidad. Francia no tiene bases extranjeras en su territorio desde que De Gaulle decidió restringir



Los ministros del petróleo de los seis países miembros de la Organización de Países Productores de Petróleo, Kuwait, Arabia Saudí, Iraq, Persia, Abu Dhabi y Qatar se reunieron en el primer país para estudiar los precios del crudo.

sensación inevitable de que la alarma del 25 de octubre estaba provocada por la angustia personal de Nixon y de quienes le rodean; no se sabe hasta qué punto puede tener necesidad Nixon de crear una nueva y más grave crisis.

Las reacciones más claras de Europa en el momento de más calor de la guerra del Oriente árabe fueron las de desentenderse de ella. Cuando al terminar la primera semana de batallas, los Estados Unidos —el Pentágono— encontró que el desgaste de material de Israel era tan grave que podría significar una derrota inmediata, decidió el envío urgente y masivo de armas. Parece que Washington consultó a sus aliados europeos acerca de si podía contar con ellos, y no recibió más respuesta positiva que la de Portugal, cuya base en las Azores fue utilizada inmediatamente, y una respuesta ambigua de la República Federal de Alemania, aprisionada tanto por su necesidad de no perder la presencia de las tropas de Estados Unidos en su territorio como por su complejo de culpabilidad con respecto a los judíos. Alemania Occi-

sus relaciones con el Pacto del Atlántico, pero hizo muy clara su posición en favor de los países árabes. España (fuera de la OTAN) desmintió rápida e insistentemente algunas acusaciones de que las bases mixtas se estaban utilizando para ayudar a Israel, país con el que no mantiene relaciones diplomáticas.

Sobre esta versión de lo que estaba pasando en Europa, cuando Nixon decidió movilizar todas las bases nacionales y extranjeras, creyó mejor no contar con nadie. La movilización se decidió en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, que comenzó a las doce de la noche; a las tres de la madrugada, las bases estaban en estado de alerta. Los gobernantes de la OTAN se enteraron al despertar por la mañana (las tres de la madrugada es la hora del desayuno en Europa) por los cables de sus embajadores y de las agencias de prensa; la nota de comunicación —no de consulta— no llegó a los gobiernos aliados hasta media mañana. Muchos de ellos se encontraron movilizados en partes cruciales de su territorio sin saber cómo (España in-





El país europeo más directamente afectado por la guerra árabe-israelí ha sido Holanda, acusada por los países árabes de favorecer al Estado de Israel.

sistió una vez más en que no había habido movilización en su territorio). La mayor parte, evidentemente, no creyeron en que esta movilización fuese el principio de una guerra nuclear que se hubiese realizado evidentemente a su costa, pero todos vieron inmediatamente sus crecientes relaciones comerciales con la URSS y los países comunistas en peligro de ruina. Un regreso a la guerra fría sería impensable para las sociedades de consumo y para los puntos y líneas en que se basa la economía actual. No está previsto el regreso. Ni hay preparación psicológica que acomode a las poblaciones a una situación de tensión y restricción.

Los primeros pasos de los países europeos han sido inmediatos: protestar, declararse neutrales en el conflicto. Washington recogió inmediatamente la reacción. Hablando en una sesión a puerta cerrada ante el comité de Asuntos Exteriores de la Cámara, Kissinger dijo, respondiendo a una pregunta: «No me im-

porta nada con respecto a la OTAN; estoy absolutamente descorazonado» (el departamento de Estado ha desmentido esta frase, pero los congresistas que le oyeron insisten en su exactitud). En todo caso, el mismo día, Kissinger recibió a un grupo de parlamentarios europeos y repitió más o menos esta opinión. Kissinger les recordó que hace unos meses dijo: «No podemos mantenernos juntos si cada país o cada región reivindica su autonomía para su exclusivo beneficio», y comentó: «Es triste tener que decir que estas tres últimas semanas responden a esa descripción». Kissinger no se quejaba solamente de la falta de solidaridad militar, sino de la política y diplomática: sus aliados europeos no han apoyado los planes de alto el fuego esbozados por Estados Unidos para presentarlos a la ONU, y han respondido con una negativa a las pretensiones antisoviéticas de Washington. Kissinger había dado instrucciones a su representante en la OTAN para que pidiese a

sus aliados europeos que éstos frenasen bruscamente sus relaciones comerciales y políticas con los países del Este, para dar la sensación a la URSS de que su ayuda a los árabes podría tener grandes repercusiones y de que Occidente —el viejo concepto olvidado— renacía con unanimidad; los europeos respondieron que no estaban dispuestos a tal cosa, porque no veían razón alguna real para un enfrentamiento mayor entre el Este y el Oeste.

A rasgos generales, esta es la situación: Europa se siente víctima de su alianza con los Estados Unidos por una guerra que no comparte, los Estados Unidos se sienten abandonados por Europa. Que esto suceda en el último cuarto de lo que debía haber sido «el año de Europa», según la proclamación de Kissinger y de Nixon, cuando el presidente debía haber venido para reformar la alianza, el Pacto del Atlántico, es de una gran importancia. Es el primer paso serio de Europa para desprenderse de algo que no está en la línea de sus intereses.

Pero Europa ha encontrado también bastantes motivos para desconfiar de sí misma. Después de tantos y tantos años de europeísmo, de construcción de instituciones, se ha dado cuenta de que no tiene instrumentos reales para una política unida, para una acción unánime. No ha conseguido que los centros de decisión estén en su propio continente ni que aun en casos como éste, en los cuales la reacción de desenfundimiento ha sido muy parecida en todas las capitales, aparezca ésta como una política común, sino como una acción aislada. El propósito de Pompidou de convocar una reunión de jefes de gobierno —quizá en este mes o a principios de diciembre, probablemente en Copenhague— de los «nueve» del Mercado Común tiene a presentar esta cuestión: no solamente Europa debe tener una parte activa cuando su seguridad está amenazada por un repentino enfriamiento de las re-

laciones entre Estados Unidos y la URSS, sino que debe tenerla también cuando las cosas van bien. Concretamente, esta reunión se referirá a la actitud de Europa con respecto al Oriente árabe, en lo económico y en lo militar, pero también servirá para proponer que se celebren reuniones muy frecuentes de jefes de gobierno. Esto ha de suscitar de nuevo la cuestión de si la comunidad europea debe regirse por los jefes de gobierno de cada país o si debe pensarse en la construcción de un parlamento sólido y de un gobierno europeo responsable ante ese parlamento, como es el punto de vista de escandinavos y de ingleses.

La idea de que Europa se ha encontrado ante esta guerra «por culpa de los otros», y que la crisis que sufre no es suya, no es demasiado real. No lo es desde un punto de vista histórico lejano (relativamente lejano): el sionismo se gestó en Europa —precisamente en Gran Bretaña, pero con auxilio de los demás países—, y no solamente se gestó en Europa, sino que Europa lo provocó con sus seculares persecuciones a las minorías judías hasta el paroxismo de las matanzas nazis (con la colaboración de otros países), pero también la amargura árabe se produjo en Europa con sus colonizaciones y sus protectorados, con su dominio de Suez y su posesión del petróleo árabe. Además de estas culpabilidades de la historia próxima, Europa tiene algunas otras en su haber, como la de confiar el Mediterráneo a la flota de los Estados Unidos y permitir la instalación en su territorio de bases que no puede controlar. Era, efectivamente, el salario del miedo. Alguna vez tenía que pagarlo. Europa dejó hacer a los Estados Unidos en Vietnam sin más que estremecimientos de conciencia en algunos casos, y con algunos beneficios considerables para su propia economía. La guerra de Vietnam no repercutía sobre Europa, y no creyó entonces conveniente desprenderse de su aliado. Si su aliado ahora se ve envuelto en un conflicto que afecta a Europa, lo que paga Europa no es su inocencia, sino su colaboración.

Quizá esto mismo la incite ahora a replantearla. Pero no lo hará bien si sigue queriendo sacar el mejor partido posible de la alianza y desprenderse de ella cuando no la convenga. Solamente le servirá si replantea totalmente su presencia en el mundo, si crea su nueva entidad, si se distancia realmente de los Estados Unidos como de la Unión Soviética, para aproximarse a ellos desde su propia personalidad. No hay que creer que éste vaya a ser el resultado inmediato de su malestar y de su incomodidad de ahora. No le es tan fácil. Envuelta en una caída del imperio de los Estados Unidos, esta caída puede ser muy lenta y muy trágica. Puede durar lustros... ■ E. H. T.

La reciente visita de Golda Meir a la capital norteamericana tuvo como principal objetivo el conseguir de los Estados Unidos un apoyo continuado a su política.

